Para entender los Balcanes:

claves ciertas e inciertas

Francisco Veiga

Cualquier persona interesada en los conflictos balcánicos ocurridos durante la última década habrá oído (o incluso utilizado) frases muy significativas: "En los Balcanes nos jugamos mucho", "Hemos de hacer algo por ellos", "Son el polvorín de Europa", "Los odios son eternos allí", "Nunca podrán convivir". Pero los mitos derivados de tales frases (y otras muchas más de igual talante lapidario) son falaces, e incluso peligrosos, por el fatalismo que exudan. Muchas veces es fácil comprobarlo recurriendo a la lógica; en otras ocasiones, escogiendo ejemplos históricos que cuestionan o contradicen estos tópicos, en lugar de reforzarlos. La conclusión es que los Balcanes no son una región conflictiva por excelencia. Como mínimo, no más que la mitad occidental del continente europeo. Las grandes batallas, los espantosos holocaustos, los genocidios reales, tuvieron lugar en Europa central y occidental. El hecho de que el detonante de la primera guerra mundial haya estado en la capital bosnia no debe hacernos olvidar que el frente balcánico fue absolutamente secundario durante toda la contienda. A pesar de la mortalidad que generaron las invasiones a Rumania y Serbia, las grandes matanzas de la gran guerra tuvieron lugar en Flandes, el Trentino, en Polonia y Ucrania o en Galicia. Algo parecido ocurrió más tarde durante la segunda guerra mundial, que no comenzó en los Balcanes. Las luchas guerrilleras propiciaron importantes carnicerías de civiles, pero las ciudades arrasadas fueron Londres, Coventry, Berlín, Hamburgo o Dresde, las cámaras de gas funcionaron en Polonia y Alemania, las grandes batallas tampoco tuvieron lugar en los Balcanes.

Lo mismo ocurrió tras la segunda guerra mundial. Un ensayista popular como Alvin Toffler nos recuerda que entre 1945 y 1993 tuvieron lugar entre 150 y 160 conflictos armados en el mundo, en los que perecieron unos 7.5 millones de soldados y un total de entre 33 a 40 millones de civiles. En todo ese tiempo, sólo durante tres semanas no hubo guerra en ningún rincón del planeta (Toffler, 1994, p. 330). En realidad, un paso inicial para intentar entender los conflictos balcánicos es compararlos con los que han tenido lugar a lo largo del último medio siglo y que en Occidente importaron bien poco o fueron totalmente olvidados. En la guerra civil griega de 1946 a 1949 no resultaron raras las decapitaciones, las represalias indiscriminadas y todo tipo de excesos. La crisis de Chipre, en una fecha tan cercana como 1973, se desarrolló en medio de prácticas de la más pura "limpieza étnica". Famagusta es aún hoy el fantasma de una ciudad que en los años setenta fuera uno de los centros turísticos más vitales del Mediterráneo; para acceder a sus calles desiertas es necesaria autorización militar. Y los ejemplos podrían multiplicarse hasta la saciedad fuera del contexto balcánico. El comportamiento de las tropas francesas en la guerra de Argelia no fue mucho más refinado que el de las milicias serbias, sin olvidar los excesos cometidos por el FLN y la OAS; las masacres indiscriminadas fueron uno de los componentes esenciales del conflicto.

En materia de campos de concentración y de desplazamientos masivos de población civil, no hace falta referirse una y otra vez al manido ejemplo de los nazis. Los israelíes provocaron el éxodo de los árabes-palestinos (unas 700 000 personas sobre un total de 1 500 000 de la población original), la mayor parte de los cuales terminaron en campamentos de refugiados en los estados árabes vecinos. En Malasia, los británicos en lucha contra la guerrilla comunista reubicaron a 500 000 pobladores indígenas a partir de 1950. Y en Vietnam, las autoridades de Saigón y los norteamericanos obligaron a decenas de miles de campesinos a abandonar sus poblados resituándolos en nuevas aldeas para que no pudieran prestar su apoyo a los comunistas del Vietcong. El resultado fue que entre 1964 y 1969 el número de refugiados en Vietnam del Sur creció hasta alcanzar aproximadamente los 3 500 000. Este fue el verdadero caldo de cultivo

de las atrocidades en Croacia, Bosnia y Kosovo. Durante años, por el hecho de que se realizaban en escenarios más o menos alejados, los dirigentes de las potencias occidentales pasaron por alto o alentaron guerras y más guerras en las que se masacraban decenas de miles de civiles. Se consintieron y organizaron cruentos golpes de estado y se desarrollaron implacables doctrinas de contrainsurgencia. Los militares yugoslavos, que se preparaban para hacer frente a la invasión soviética, estudiaron de cerca esas guerras de baja intensidad y no convencionales. Por ejemplo, no parece casualidad que el ejército serbobosnio haya utilizado tácticas que a veces recuerdan las empleadas por las fuerzas sudafricanas contra las guerrillas; o que la estrategia de "negociar y pelear" que aplicaron los serbios se asemeje mucho a la practicada por Vietnam del Norte durante los años sesenta y setenta. También es sintomático que un coronel serbio le espetara al general Morillon, jefe de las fuerzas de la ONU en Bosnia, que "él iba a arreglar a sus turcos (bosnio-musulmanes) como Morillon no había sabido arreglar a sus argelinos". Evidentemente, Morillon era veterano de la guerra de Argelia, cosa que su interlocutor sabía.[1] Por tanto, en muchos aspectos militares y de implicación diplomática internacional, las guerras de Bosnia o Kosovo recordaban conflictos como los de Chipre, Líbano, Namibia, Biafra o Vietnam (incluso, en parte, a ese viejo problema europeo que es el Ulster) tanto o más que a las venerables guerras balcánicas.

Son cifras cercanas y hechos recientes, provocados por una forma determinada de combatir en cualquier guerra en la que estén implicadas milicias semiciviles y guerrillas. Se limpia el terreno hostil, se destruyen aldeas y se desaloja a sus habitantes para impedir la proliferación de bandas armadas en la retaguardia, y se le crean al enemigo enormes problemas de refugiados. El terror y el salvajismo son un arma más que los combatientes irregulares utilizan para impresionar al enemigo como sustitutivo de una eficacia tecnológica de la que carecen o que no saben utilizar. La limpieza de aldeas o el secuestro de civiles en Kosovo, protagonizados por ambos bandos, fueron buena expresión de ello, lo mismo que los cercos prolongados a las ciudades croatas y bosnias. Tomar

[1] Al margen de la anécdota, el general Morillon explica en sus memorias por qué la situación en Bosnia le recordaba la guerra de Argelia. Morillon, 1993, pp. 36-37.

un núcleo urbano al asalto siempre ha sido una empresa difícil, incluso para un ejército moderno. Es una tarea que corresponde a la infantería y no a los carros de combate. Se necesita mucha disciplina y la capacidad de asumir pérdidas muy elevadas. Eso a veces no está ni siquiera a la altura de ejércitos muy profesionalizados, a pesar de que el objetivo esté defendido por fuerzas escasas o mal armadas (Martínez, 1992, pp. 64-65). Por otra parte, la crueldad cumple el papel de polarizador del espíritu guerrero. Es un efecto que conocen bien los antropólogos, parecido al de un pacto de sangre: hace imposible la marcha atrás, cierra filas entre los miembros del grupo. Estas sociedades étnicamente tan relacionadas como Eslovenia oriental o Bosnia, consiguen definir brutalmente a los bandos en lucha, aparentemente irreconciliables, que poco antes convivían sin problemas, e incluso sin saber muy bien a qué nacionalidad pertenecía cada cual. La reiteración de guerras tecnológicamente "pobres" que terminó por dar lugar a ese supuesto estilo balcánico que incluso ha merecido el estudio de algunos antropólogos, las masacres de población civil, acompañadas de torturas y mutilaciones, se convirtieron en la marca de fábrica de casi todos los pueblos balcánicos a lo largo de la historia. En un erudito estudio sobre la decapitación en los Balcanes, el antropólogo de origen rumano Paul-Henri Stahl pasa revista a los usos, ritos, simbolismos y finalidades bélicas de tales prácticas tanto entre pueblos turcos como entre cristianos. Las variantes son muy complejas y diversas, y van desde la costumbre montenegrina de arrancar la nariz al adversario (a veces a mordiscos), junto con el bigote y el labio superior, a la construcción de torres y túmulos conmemorativos con las cabezas y los cráneos de amigos y enemigos, para lo cual todas las lenguas de los Balcanes tienen una palabra: son el *tepe* de los turcos, la *movila* o *gorgan* de los rumanos, la *mogila* de los búlgaros o el *grob* serbo-croata.[2] Por otra parte, el reverso de la crueldad es la capacidad de soportar el sufrimiento. La misma población serbia parece demostrar unas especiales cualidades para ello. A poco de comenzar la primera guerra mundial se extendió por Serbia el tifus; seis meses más tarde, 500 000 serbios, sobre una población total de tres millones, estaban con-

[2] Stahl, 1986, p. 81, para este detalle.

tagiados; 200 000 murieron de la enfermedad. En febrero de 1915 la epidemia rebrotó y tres meses más tarde, cuando alcanzó su clímax, morían 10 000 personas por día (Tschanz, 1993, pp. 38-41). La magnitud de la tragedia hizo desistir a alemanes y austriacos de atacar el país para evitar el contagio de sus propios soldados; sin embargo, Serbia no se rindió, y cuando los austro-alemanes la invadieron medio año más tarde, lo que quedaba de su ejército se retiró por las montañas de Albania en pleno mes de diciembre, con una ración diaria de 200 gramos de maíz por soldado y con 30 000 prisioneros.

La conclusión apresurada que se extrae de esta clase de ejemplos –utilizados a menudo por la propaganda serbia en las guerras recientes– es que los balcánicos poseen algún tipo de tara genética que los convierte en unos verdaderos animales de la guerra. El resultado es un peligroso fatalismo dialéctico. Como escribió un periodista español intentando explicar los conflictos balcánicos en un par de páginas, "los Balcanes entraron chorreando sangre en el siglo XX y entrarán del mismo modo en el siglo XXI" (Pérez-Reverte, 1994, p. 98). Llegando a tales conclusiones de eterno retorno histórico o de propensiones genéticas a la violencia ¿para qué preocuparse de intentar pacificar Bosnia o de ayudar humanitariamente a los niños que mañana serán soldados?

No está de más recordar que hasta hace poco tiempo tales argumentos se aplicaban a España, donde entre 1936 y 1939 tuvo lugar una durísima guerra civil, con crueldades bien "balcánicas", derivadas de formas de combatir que en el siglo XIX aterrorizaron a los invasores franceses y a los testigos extranjeros de las tres guerras carlistas, a pesar de lo cual la transición postfranquista no degeneró en una nueva versión de aquella contienda. Una respuesta simple consistiría en recordar que en España el conflicto fue de tipo ideológico y no étnico. Las transformaciones sociales operadas a partir de los años cincuenta y la evolución política en Europa occidental en el contexto del enfrentamiento Este-Oeste, habrían contribuido a desactivar una posible reedición de la contienda civil. En Europa oriental, por el contrario, no se produjeron redistribuciones significativas de los distintos grupos étnicos que ayudaran a olvidar las viejas deudas pendientes. Es más, la periclitación de la ideología dominante que suministraba un rígido marco de convivencia parece dar más fuerza a aquellos que argumentan que lo político pasa, por artificioso, mientras lo nacional y

étnico permanece como una fuerza inmutable surgida de lo más profundo de la naturaleza humana. El cliché de que no hay nada tan violento como una guerra civil basada en motivaciones políticas –con referencia obligada a la norteamericana, mexicana, española o rusa– ha dado paso a nuevas afirmaciones rotundas de que los conflictos interétnicos son los más despiadados. Ni siquiera se recuerdan ejemplos balcánicos muy cercanos: la violenta rebelión contra el régimen de Ceaucescu en la Rumania de 1989 o el salvaje hundimiento del régimen de Sali Berisha en la Albania de 1997; costaron muchas vidas, pero en ningún caso en nombre del odio étnico: fueron conflictos puramente políticos.

Por otra parte, esa manera tan artificiosa de enfocar el problema presupone que lo político, lo social y lo étnico son mutuamente excluyentes y evolucionan a lo largo de la historia por carriles bien diferenciados y separados entre sí, cuando en realidad es todo lo contrario. La reciente historia de Yugoslavia hasta su desintegración es un buen ejemplo de ello. Fue la aparición de una nueva clase media en las diversas repúblicas, la que desde finales de los años sesenta tendió a crecer y a enfeudarse en sus parcelas de poder, lo que terminaría por movilizar al resto de la población con base en consignas nacionalistas. Por otra parte, se podría recordar que, curiosamente, fue en aquellos países en los que primero triunfaron las derechas, tras caer los regímenes comunistas, donde se generaron las primeras guerras balcánicas: en Croacia, tras el triunfo del HDZ (1990); en Bosnia, como consecuencia de la victoria electoral de tres partidos nacionalistas y de derechas (1990); en Albania, con el derrumbe del régimen derechista del Partido Demócrata en 1997. Las claves políticas se han dejado de lado en nombre de la fácil explicación étnica, pero de hecho están ahí, para quien quiera tenerlas en cuenta.

Por lo tanto, estas líneas proponen una revisión general de esa imagen un tanto histérica sobre los Balcanes que tanto se ha dado en fomentar desde Occidente. No vive allí una raza especial de hombres propensos a la violencia. El nacionalismo que profesan los balcánicos no es tampoco más furibundo que el occidental. La situación estratégica de los estados que integran la península balcánica ya no resulta especialmente privilegiada en el siglo XXI. En realidad, ese tipo de mitos, repetidos hasta la saciedad, llegan a ser peligrosos por desestabilizadores, al generar una tensión y una emocionalidad que son contrapro-

ducentes cuando en los Balcanes se plantean problemas que en otras regiones del mundo no cuesta tanto resolver.

Por lo general, el planteamiento de estas cuestiones ante el público que acude a una conferencia, produce desilusión, y a veces incluso rechazo. Es como si muchas de las personas conmovidas ante las desgracias balcánicas necesitaran reafirmar una y otra vez las viejas imágenes. La simple mención de que durante la última década no todos los conflictos han sido de raíz étnica se acoge con incredulidad. Nadie recuerda ya la revolución rumana de 1989, que en sus primeros días convenció a los occidentales de miles y miles de muertos que nunca existieron y que fue un episodio muy virulento de crisis política. La horripilante anarquía que sumió a Albania durante los últimos meses del invierno de 1997 no tuvo nada de "étnica", pero produjo un elevado número de muertos que nadie se molestó en contar, por el contrario, todo el asunto pasó a los profundos sótanos del olvido occidental. El hecho de que en 1993 los musulmanes de la Krajina bosnia liderados por Fikret Abdic terminaran por rebelarse contra la autoridad del gobierno de Sarajevo y hasta se le enfrentaran, a la vez que lograban negociar una especie de neutralidad con croatas y serbios, suele considerarse una molesta anécdota. La revuelta de las provincias que hizo caer a Milosevic en octubre de 2000 tampoco tuvo motivaciones étnicas, y pudo haber terminado en una guerra civil.

Ahora bien, este cuestionamiento no pretende negar la evidencia: los Balcanes han sido descritos tantas veces como la "otra Europa" que ya no se necesita ninguna prueba especial de que realmente constituye una región especial con sus problemas particulares, de la misma manera que lo son la península ibérica, Escandinavia, Europa central, Benelux o cualquiera otra parcela del Viejo Continente. Existe algo que podemos denominar "problema balcánico", cuyas claves específicas se encuentran en el origen de la mayoría de las crisis que viene sufriendo esa península desde hace un siglo y medio. Descritas a lo largo de los capítulos de muchos libros, dichas claves se pueden resumir en tres muy definidas.

ESTADOS NACIONALES VERSUS FEDERACIONES

El primer problema que arrastran los Balcanes desde 1829 es la implantación de un modelo de Estado no idóneo. El concepto de Estado-nación, originado en la Revolución francesa pero que se impuso en Europa a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX (con la unificación de Italia y Alemania), se convirtió en una maldición para los Balcanes. Por entonces los pueblos balcánicos estaban integrados mayoritariamente en el imperio otomano, con algunas regiones incorporadas en el austro-húngaro. Conforme se fueron independizando adoptaron el modelo de Estado-nación, dejando de lado otras fórmulas más elásticas, como la del Estado federal.

El intento de aplicar la fórmula de "un Estado para una nación" resultaba particularmente complicado en los Balcanes, porque allí los pueblos estaban muy mezclados entre sí como resultado de siglos de una flexible administración otomana y también de la peculiar geografía montañosa de los Balcanes. La idea de agrupar a todos los serbios, griegos o búlgaros, cada uno bajo un mismo Estado, suponía que las nutridas minorías eran un estorbo y que el resto de la población serbia, griega o búlgara quedaba desparramada en los Estados vecinos. Consecuentemente, las minorías eran oprimidas u obligadas a "reconvertirse" (cambiando de religión, de lengua, incluso de nombres y apellidos). Y para "rescatar" a los connacionales dispersos eran necesarias guerras y continuos cambios de fronteras. De ese guirigay surgieron fenómenos que la actualidad informativa redescubrió con la desintegración de Yugoslavia pero que tienen un siglo y medio de antigüedad. Por ejemplo, el concepto de "limpieza étnica", que entonces no se denominaba así pero que se practicaba con igual entusiasmo. Los independentistas griegos la aplicaron cruelmente a partir de 1821, cuando expulsaron o exterminaron a los pobladores turcos del Peloponeso; un siglo más tarde, la República de Turquía les devolvió la jugada expulsando a un millón de griegos de Anatolia. De ahí que en los años veinte del siglo pasado las autoridades yugoslavas hicieran proyectos para enviar a Turquía a los "turcos" que poblaban Kosovo y que en realidad eran, en su mayoría, albaneses. Pero casi nadie está libre de culpa: los rumanos también contribuyeron a expulsar a búlgaros, húngaros y judíos fuera de sus fronteras, mientras que los

búlgaros hicieron cosas parecidas con los turcos, y durante la segunda guerra mundial los croatas aplicaron su particular reajuste de población con las minorías serbias.

Sin embargo, estos brutales reajustes fueron practicados también en algunos Estados de la Europa central, considerados un dechado de civilización: así, la población alemana fue expulsada sin contemplaciones de Checoslovaquia tras el final de la segunda guerra mundial, y lo mismo ocurrió en la Polonia agrandada con regiones de Alemania (Pomerania, Silesia, Prusia oriental) por voluntad de los ocupantes soviéticos. Todo eso totalizaba varios millones de personas que tuvieron que dejar sus hogares y tierras en pocos meses. ¿Y quién no recuerda a los Reyes Católicos españoles y la célebre expulsión de los judíos sefarditas en el siglo XV? Rizando el rizo de la paradoja, ¿cómo no tener en cuenta el drama de la población árabe-palestina y su diáspora tras la creación del Estado de Israel? Ciertamente, resulta peligroso acuñar denominaciones de origen "balcánicas" cuando ciertos fenómenos resultan ser tristemente universales.

Por lo tanto, la clave étnica no explica ni mucho menos todos los conflictos balcánicos acaecidos a lo largo de los últimos dos siglos; tampoco los del pasado decenio. La imagen apropiada es la del motor y la gasolina. Los odios interétnicos, reales, antiguos, recientes, inventados o improvisados, han cumplido normalmente el papel de combustible. Pero el motor que mueve realmente las crisis es un mecanismo, o un conjunto de ellos, un concepto generalmente más complejo que el fácilmente asimilable odio interétnico con sus dramáticas manifestaciones fáciles de entender para el extranjero.

SOCIEDADES INCIVILES EN ESTADOS OMNIPRESENTES

Uno de esos conceptos que en los Balcanes están en el trasfondo de las crisis cíclicas es el propio concepto de Estado, su atosigante presencia y la fe que en él ponen los ciudadanos para la resolución de la mayoría de sus problemas. El Estado con todos sus instrumentos, bien entendido: la necesidad de defender las fronteras o la predisposición a luchar por los hermanos irredentos hacía de los ejércitos balcánicos instituciones necesarias y muy populares. La administración y la policía también tenían gran importancia para controlar a la nación

y su territorio. Ser funcionario era un privilegio social, aunque el sueldo fuera bajo y hubiera que completarlo con corruptelas. El resto de la población era una masa de campesinos, muchas veces pobres y primitivos. Apenas había grandes burgueses y sí más campesinos ricos y caciques rurales. Pero sobre todo faltaba el pequeño comerciante, el profesional liberal, el hombre de negocios: toda esa clase media emprendedora y moderna capaz de prescindir del Estado y para el cual los negocios podían estar ocasionalmente por encima de las fronteras y de las diferencias nacionales. El Estado era la nación, la garantía de supervivencia, la esencia del poder nunca contestado ni controlado. Estar fuera del Estado era estar en contra. En consecuencia, las luchas políticas degeneraban (y aún hoy sigue siendo así) en enfrentamientos a muerte y eso con sorprendente facilidad. Los gobiernos podían caer en la tiranía y el abuso. Y como diversión de problemas más urgentes, los gobiernos y los políticos incurrían con frecuencia en el uso y abuso de las pasiones nacionalistas y de los consiguientes enfrentamientos De ahí surge la Yugoslavia de Milosevic y la Croacia de Tudjman, y asimismo la Rumania de Ceaucescu. Pero también esto tiene que ver con el puñado de políticos albanokosovares enfrentados entre sí en las situaciones más inapropiadas, luchando por conseguir el poder en un Estado, el kosovar, aún inexistente.

En estos últimos diez años también se ha manifestado un fenómeno singular: la duplicación de Estados nacionales. Comenzó con la independencia de Moldavia, poblada en su mayoría por rumanos étnicos. La ahora república independiente, que se identifica con una bandera idéntica a la de la madre patria rumana, formó parte de la Gran Rumania entre 1919 y 1940 con el nombre de Besarabia. Pero en 1991 sus dirigentes decidieron que no apostarían por la reunificación. Con el tiempo apareció una Macedonia, una Republika Srpska en Bosnia que no tiene demasiado interés en integrarse con el Estado serbio, una Herzeg-Bosna que sí puede terminar desgajándose de Bosnia para unirse a Croacia, y un Kosovo que podría devenir Estado soberano e independiente de Albania. Curiosa duplicación que tuvo su precedente en Chipre, isla que alberga dos estados, uno griego y otro turco, formalmente ajenos a Grecia y Turquía.

En todo caso, las duplicaciones balcánicas prueban por sí mismas lo relativo de la clave étnica. Moldavos, macedonios, serbobosnios, albanokosovares,

greco y turcochipriotas, y posiblemente y al fin, croatabosnios, han elegido un *status* de independencia que favorece a las élites políticas locales, las cuales prefieren ser cabeza de ratón a cola de león. Integrar a cualquiera de esos pequeños estados semiindependientes en sus respectivas madres patrias llevaría a diluir sus competencias y ambiciones. En 1991, el entonces primer ministro de Moldavia, un antiguo profesor de Filología, le comentó en un ocasión a otro colega de la universidad que también ocupaba un alto cargo, mientras se desplazaba en su Chaika oficial: "¡Quién nos iba a decir hace pocos años que acabaríamos viajando en limosina!". Por otra parte, Valery Tishkov relata que tras recibir al presidente de Moldavia, por entonces Mircea Snegur, en el aeropuerto de Moscú, lo acompañó hasta una residencia especial reservada a jefes de estado que visitaban la URSS. El invitado comentó: "Antes no se nos permitía ni siquiera permanecer cerca de estas puertas. Ahora somos tratados como personas" (Tishkov, 1997, p. 45).

Por otra parte, incluso los ciudadanos de cada república duplicada tienen la idea de que así viven mejor y que a la postre poseen un trato privilegiado desde la madre patria, porque para ella tampoco son extranjeros. Entran y salen con facilidad por las porosas fronteras y poseen una suerte de doble nacionalidad. Sin embargo, la duplicación de Estados-nación en los Balcanes contiene una interpretación positiva por cuanto están ligados a sus respectivas madres patrias por vínculos esencialmente federativos. De hecho, a comienzos del siglo XXI son la única posibilidad de supervivencia para esa idea, especialmente si fracasa la última federación genuina superviviente: la República de Bosnia-Herzegovina surgida de los acuerdos de Dayton en 1995.

Otra paradoja derivada de la excesiva fe de los balcánicos en sus Estados-nación es que ha favorecido la pervivencia de formas sociales notablemente arcaicas: los clanes familiares o las grandes familias, el tráfico de influencias, el amiguismo, el caciquismo. Todo ello refleja la persistencia de un feudalismo que en apariencia se enfrenta al poder del Estado pero que en realidad lo complementa, aunque a costa del poder de grupos dominantes, los cuales están al margen de mecanismos democráticos reales. En definitiva, Estados-nación pero no Estados liberales, sino fiscalizados a varios niveles –desde el local hasta los altos círculos de poder– por oligarquías que llegan a controlar resortes

esenciales, como las fuerzas de seguridad, los ayuntamientos, los centros neurálgicos de la economía, algunos ministerios y hasta la judicatura. A veces es posible reconocer en este fenómeno el fracaso de las sucesivas revoluciones industriales, lo cual ha permitido la persistencia de formas de cultura agraria en las ciudades, situación visible en diversos paisajes sociales del sur mediterráneo.

EL PROBLEMA DE LA IMPLICACIÓN EXTERIOR

Los Balcanes han sido partidos y repartidos, total o parcialmente, siete veces en los últimos dos siglos: en 1829-1830, 1856, 1878, 1913, 1919, 1941 y 1945, sin contar lo ocurrido durante la reciente desintegración de Yugoslavia, lo que puede añadir tres fechas más a la lista: reconocimiento de Croacia y Eslovenia por Alemania y la Unión Europea (1991), acuerdos de Dayton para Bosnia (1995) e intervención en Kosovo (1999). No hay ninguna otra región de Europa que haya vivido una experiencia histórica así, lo que da una idea de la fiebre intervencionista de las grandes potencias en esa zona. Durante cada una de las crisis vividas en los Balcanes, la prensa, los intelectuales y los políticos han presionado una y otra vez con la conocida exclamación de "¡Hagamos algo!", y a ello han seguido intervenciones más o menos violentas, fuerzas de interposición, policías internacionales, conferencias y congresos de grandes potencias, "dictados", mediaciones y repartos. Pero por otra parte pocos estados europeos, por no decir ninguno, muestran tal disposición a la injerencia externa de las grandes potencias que los balcánicos. De hecho, esa disponibilidad es una maniobra interesada: los gobiernos balcánicos tienden a buscar esa reacción cuando surgen problemas con los vecinos. Se convierten en verdaderos manipuladores y su objetivo es que las potencias se lancen a solucionar los problemas que pueda tener el Estado balcánico en cuestión. Hay numerosos ejemplos sobre los mecanismos implicadores que un grupo político o nacional puede desplegar. En realidad todos los Estados balcánicos lograron su independencia gracias a la implicación exterior. Los griegos la consiguieron en 1830 debido a que las potencias occidentales se implicaron a su favor, derrotando al impero otomano. Lo mismo ocurrió con los rumanos y los búlgaros, que contaron con el apoyo de Rusia. La independencia de Albania tuvo mucho que ver con los

intereses del imperio austro-húngaro; en cambio, Kosovo fue entregado a Serbia por las potencias occidentales como compensación tras las guerras balcánicas de 1912-1913.

Los conflictos que se sucedieron tras la desintegración de Yugoslavia obedecen al mismo patrón. Los eslovenos lograron la implicación occidental tras haberse preparado a conciencia para ello y consiguieron la independencia tras unos pocos días de combate y un puñado de bajas. Croacia logró la decisiva movilización de Alemania a su favor, pero el precio a pagar fue más elevado: seis meses de guerra y algunas ciudades semidestruidas. El interés de las grandes potencias por Bosnia era mucho menor, por lo que esta vez sólo la tragedia y el dramático mate ahogado del conflicto decidió la intervención de la OTAN después de tres años de guerra. Los radicales albaneses de Kosovo decidieron en 1996 que había llegado su turno de sacudirse la opresión serbia. Se lanzaron a la lucha armada sabiendo que la amenaza de desestabilización en el sur de los Balcanes atraería la atención de las grandes potencias de forma más eficaz que la resistencia pasiva de los moderados liderados por Ibrahim Rugova.[3] Esta vez la acción de las potencias occidentales sólo tardó un año, pero el resultado ha sido una chapuza dado que Washington, a través de la OTAN pero también de forma directa, aprovechó el conflicto para sus propios intereses, sin permitir una solución política hasta lograr que quedara clara la victoria militar. Cuando ésta se impuso, el proyecto político para Kosovo quedó en el aire y la provincia se vio suspendida en una especie de limbo: ni funcionaba como parte de Yugoslavia, ni se le reconoció como Estado independiente, ni las potencias quisieron concederle el estatuto de protectorado por las resonancias coloniales que la denominación tenía.

Fácil es concluir que la reacción de las grandes potencias ante las maniobras implicadoras es, a través de los años, la misma; y eso hasta el punto de repetirse casi los mismos pasos, uno tras otro y ordenadamente. Primero: a un pa-

[3] Sin embargo, Rugova siempre había insistido en que la única solución para Kosovo pasaba por la intervención militar de la OTAN y la transformación de la provincia en un protectorado internacional como paso previo a la independencia. El autor de este artículo lo entrevistó en dos ocasiones, el 16 de junio de 1995 (Barcelona) y el 14 de junio de 1996 (Prishtina), y su respuesta fue la misma en ambos casos.

tente desinterés inicial por la crisis en cualquier punto de los Balcanes, se sucede la presión de los medios de comunicación por la amenaza del desprestigio político que comporta la inactividad. Segundo: ante la presión por el "hagamos algo", la o las grandes potencias escenifican una actitud intervencionista para la que no siempre están preparadas. Tercero: invariablemente, la opinión pública internacional y los actores balcánicos suponen que los grandes tienen un plan para terminar con la crisis (casi nunca es así, pero ninguna potencia lo admitiría, al menos de entrada: su prestigio quedaría dañado). Último acto: caen en la trampa de la implicación y terminan saliendo como buenamente pueden.

El patético colofón es que los balcánicos tampoco suelen obtener lo que buscaban con sus maniobras implicadoras. Los grandes poderes terminan mirando por su conveniencia o se preocupan más por fastidiar a los rivales de su talla que por los intereses de los pequeños intrigantes. El resultado final es un chasco para todos. Unos y otros pensaban que eran realmente astutos y la mutua manipulación termina en arreglos improvisados cuando no francamente chapuceros. Ninguna gran potencia se compromete muy a fondo cuando sabe que el arreglo final apenas durará, a lo sumo, un par de décadas. Ningún Estado balcánico se molesta en cumplir lo pactado cuando no ha quedado conforme, lo cual raras veces sucede, dicho sea de paso. Al revés: hará lo posible por boicotearlo, anularlo y preparar el escenario para comenzar de nuevo. Hay diversas parábolas posibles: por ejemplo, la del balcánico intentando sin éxito volver a meter al genio dentro de la lámpara tras haber comprobado que éste ha interpretado de forma torcida los deseos que había pedido.

Pero en cualquier caso, las grandes potencias y los pueblos balcánicos, aún con la novedad del amigo americano, siguen representando un juego muy parecido al que se estrenó en 1821. Recurriendo a la magia falaz de las simetrías, a final del siglo XX los propagandistas del intervencionismo occidental en la ex Yugoslavia presagiaban que Kosovo y la caída del régimen de Milosevic serían el punto final de las crisis. La desintegración de Yugoslavia había comenzado en Kosovo y allí terminaría. En marzo de 2001 la crisis de Macedonia puso a la OTAN en un callejón sin salida y demostró que sin Milosevic sobraban actores balcánicos capaces de complicarle la vida a la coalición militar más poderosa

del mundo, y que las simetrías históricas son simplemente un viejísimo juego retórico.

Después de casi dos siglos de "intermediaciones" comienza a ser hora de discutir seriamente si sirven para algo. Tras el final de la primera guerra mundial se firmaron los tratados que dieron forma definitiva al mosaico de Estados balcánicos. Fue el momento de la gran ilusión, en la que casi todos obtuvieron grandes premios. Pero con la segunda guerra mundial los invasores nazis dictaron nuevas fronteras. Al final de la contienda, los soviéticos reintrodujeron el modelo existente en el periodo de entreguerras, y éste continuó existiendo hasta la dramática descomposición de Yugoslavia en 1991. Desde hace diez años, todo ha comenzado a moverse de nuevo. El resultado de esa década de esfuerzos diplomáticos e intervenciones de la ONU y la OTAN es el mapa político más complejo de la historia de los Balcanes. Y todo esto a las puertas del siglo XXI, con nuestra tecnología informativa, las armas inteligentes, los miles de personas que dan opiniones en las guerras de papel, o la "diplomacia de la lanzadera" .

A comienzos de la crisis en Kosovo, un amigo del autor de este artículo, diplomático español con una gran experiencia en la antigua Unión Soviética y en la ex Yugoslavia, explicaba en una carta el quid de los efectos del intervencionismo en los Balcanes a través de una brillante parábola: "Cuando jugábamos al fútbol en el patio del colegio, no había nadie que hiciera tongo. Era dificilísimo que el equipo contrario aceptara que había cometido *penalty* y consintiera en que se lo tiráramos, por lo que nadie se molestaba en simularlo. Nadie simulaba tampoco una agresión, porque no había árbitro para expulsar al presunto culpable. En el fútbol profesional es completamente distinto. Es tan importante, o más, la decisión del árbitro que aquello que ocurre en el terreno de juego (a no ser que la situación en el campo sea meridianamente clara). Si simulas bien un *penalty*, ahí tienes el gol. Si te tiras delante del árbitro como si alguien del otro equipo te hubiera pegado un codazo en el ojo, ahí tienes la expulsión".

Barcelona, 14 de abril, 2001

BIBLIOGRAFÍA

Martínez Laínez, Fernando, "La guerra por dentro. Observadores españoles de la CE cuentan sus vivencias a su regreso de Yugoslavia", en *Revista Española de Defensa*, año 5, núm. 49, marzo de 1992.

Morillon, Philippe, *Croire et oser. Chronique de Sarajevo*, París, Bernard Grasset, 1993.

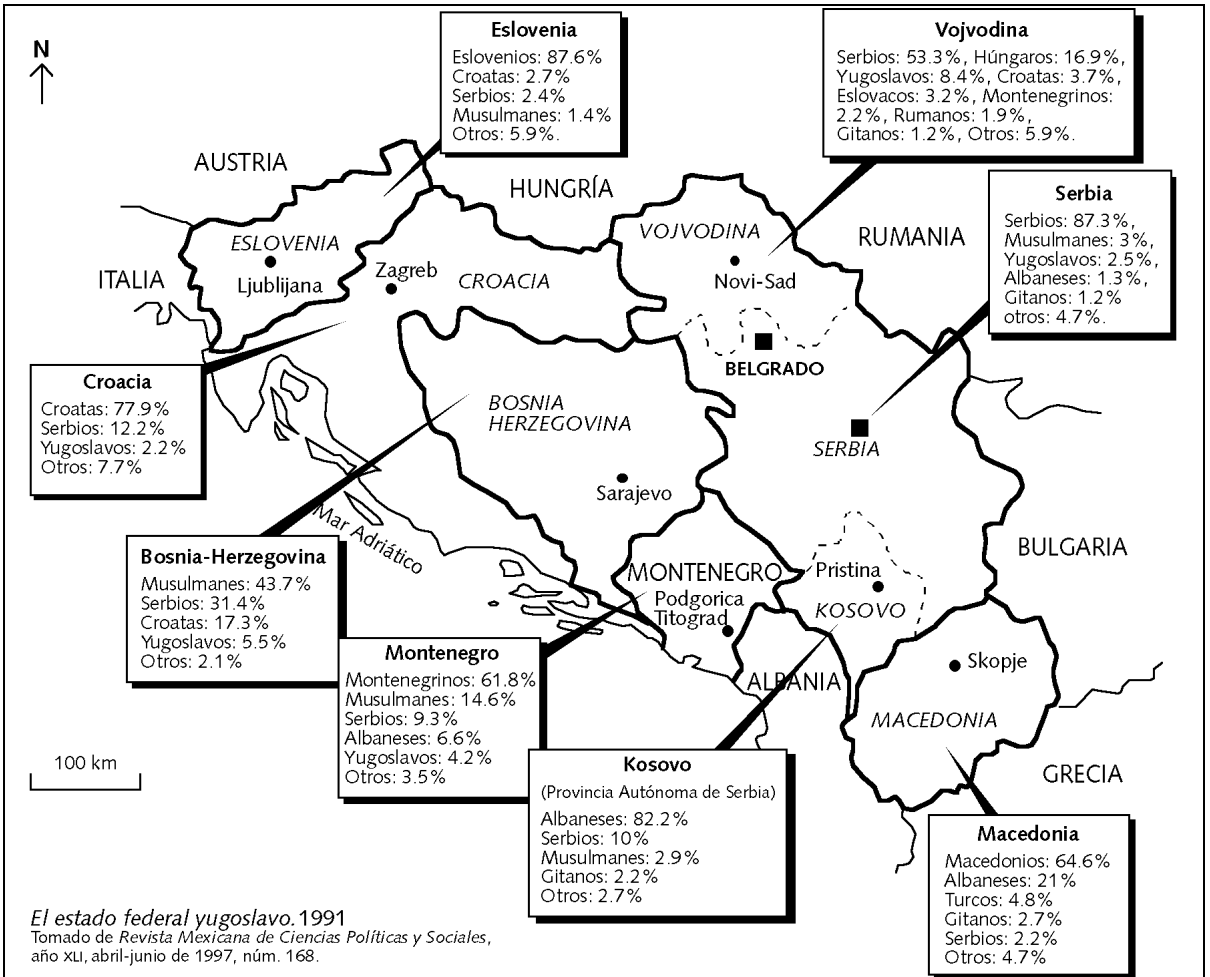
Pérez-Reverte, Arturo, *Territorio comanche*, Madrid, Ollero y Ramos Editores, 1994.

Stahl, Paul-Henri, *Histoire de la décapitation*, Presses Universitaires de France, París, 1986.

Tishkov, Valery, *Ethnicity, Nationalism and Conflict in and after the Soviet Union*, London, Sage Publications, New Delhi, Thousand Oaks, 1997.

Toffler, Alvin y Heidi, *Las guerras del futuro*, Madrid, Plaza y Janés Eds., 1994.

Tschanz, David W., "The Eastern Front in World War I. The Medical View", en *Command*, 25, noviembre-diciembre, 1993.



El estado federal yugoslavo. 1991
Tomado de *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, año XLI, abril-junio de 1997, núm. 168.